

BERNARDO O'HIGGINS

Por

Mario IBARRA Valenzuela
Capitán de fragata, Armada de Chile



EN EL LIBRO de bautizos de Talca se conserva la inscripción de un niño que con el tiempo habrá de ser uno de los principales gestores de nuestra independencia y que unía a su valor natural una perspicacia política y un criterio de estadista raro en aquel tiempo.

Dice la partida: "Bernardo Higgins, español. Pedro Pablo de la Carrera, cura y vicario de la villa y doctrina de San Agustín de Talca, certifico y doy fe, la necesaria en derecho que en el día 20 del mes de enero de 1783 años, en la Iglesia Parroquial de esta villa de Talca, puse óleo y crisma, y bauticé "Sub-conditione" a un niño llamado Bernardo Higgins, que nació en el Obispado de Concepción el 20 de agosto de 1778, hijo del maestro de campo, general de este reino de Chile y coronel de los reales ejércitos de S.M. don Ambrosio Higgins, soltero, y de una señora principal de aquel Obispado, también soltera, que por su crédito no ha expresado aquí su nombre. El cual niño Bernardo Higgins está a cargo de don Juan Albano Pereira, vecino de esta villa de Talca, quien me expresa habérselo remitido su padre, el referido don Ambrosio Higgins para que cuide de su crianza, educación y doctrina correspondiente, como consta en su carta que para este fin le tiene escrita y existe en su poder bajo su firma".

Las condiciones anormales de su nacimiento, teniendo en cuenta la época, le permitieron educarse primero en Chillán desde los 10 a los 12 años y posteriormente en Lima, en donde ingresó al Colegio de San Carlos. Pero don Ambrosio deseaba que su hijo se educara en Inglaterra y viajó hasta aquel país en donde recibió en Richmond la educación correspondiente a la de un "gentleman". Pese a que su padre le había asignado una pensión anual suficiente, los abusos de sus apoderados le hicieron enfrentar situaciones muy difíciles.

También el medio ambiente inglés, así como Francisco Miranda, quien fue su preceptor, influyeron decisivamente sobre su carácter y sembraron en su joven espíritu el germen de las ideas libertarias. Aislado de un padre adusto, que sacrificó a su hijo al mejor logro de una prodigiosa carrera, el joven Bernardo, soportó con enorme entereza moral el sinnúmero de desaires, que a veces llegaba a la villanía, por su irregular nacimiento. Al regresar a Cádiz en 1799 ya poseía una cultura superior a la media de su época. Hablaba inglés, francés y español y poseía notables aptitudes para las artes, pero carecía de vocación definida, lo que, junto a su amistad con Miranda, le granjeó el enojo de su padre, quien le suspendió toda la ayuda. A principios de 1802 llegaba a Valparaíso. Su padre había muerto legándole sus bienes en Chile: una casa en Santiago y la hacien-

da de Las Canteras. En nuestro país se relacionó muy bien, gracias a su cultura, relaciones que finalmente, por gracia de lo avanzado de sus ideas y su falta de aptitud para halagar a los hombres, redujeron su influencia a un pequeño grupo de amigos.

El aislamiento y la madurez prematura estimularon sus entusiasmos revolucionarios. Arriesgaba mucho en ellos, tenía mucho que perder y nada que ganar. Tomó la decisión de alistarse bajo la bandera de su patria y jamás se arrepintió, pese a los sinsabores e ingratitudes que soportara en los últimos años de su vida.

Bernardo O'Higgins siempre reconoció honradamente que no era un técnico ni un intuitivo genio militar. No obstante, estaba dotado de cualidades decisivas en el desempeño de su destino: su coraje moral y físico y una combatividad realmente extraordinaria, que no pudieron menos que darle un enorme arrastre en oficiales y soldados que lo seguían con fe ciega en su ejemplo.

Su valentía fue el factor determinante de la victoria de Chacabuco. A la proposición de Cramer: "General, carguémoslo a la bayoneta", el general O'Higgins asintió con su frase: "Y si no se hace, me llevan los diablos", encabezando como acostumbraba el asalto. Su ejemplo irresistible electrizó a sus soldados. Después de esta batalla aún resuenan las clarividentes palabras de don Bernardo cuando expresa: "Esta victoria y cien más serán inútiles si no dominamos el mar"; con ello dejaba señalado de una vez y para siempre su destino de país dependiente del océano, que sólo en él encontraría la clave de su seguridad y de su expansión.

Tras la victoria de Chacabuco el 12 de febrero de 1817, el general O'Higgins asumió, aclamado por el pueblo, el puesto de Director Supremo. Contaba con 39 años, en plenitud de sus facultades físicas e intelectuales.

Bernardo O'Higgins no era un político e imprimió su carácter a su gobierno. Su rectitud, su honestidad y su sensatez, se reflejaron en todas sus acciones, pero carecía de la práctica para saber navegar en los procelosos mares de los intereses de muchos. Pese a sus innegables dotes personales, se hizo poco a poco de enemigos entre la aristocracia criolla. O'Higgins tuvo que sacar de un pueblo exhausto los dineros para construir, prácticamente de nada, la Expedición Libertadora del Perú, equipando una escuadra y a más de sus mil

chilenos que fueron la base de la expedición. Todo este sacrificio exigido a un país pobre, donde todo palidece ante el gigantesco esfuerzo que significó la adquisición y el equipamiento de los buques. Además, la muerte de los hermanos Carrera, decidida realmente por la Logia Lautarina, lo mismo que el asesinato de Manuel Rodríguez, le granjearon enemistades profundas. La vuelta de Freire, junto a su profundo desencanto y su hombría de bien le hicieron abdicar de su puesto de Director Supremo, con lo cual evitó una guerra fratricida.

Sin embargo, de su gobierno quedó su profunda preocupación por hacer de Chile una potencia marítima. Sabía que el porvenir de nuestra nación dependía del mar. Todo hubo de crearlo, desde el muelle hasta el Arsenal Naval, desde la Comandancia General de Marina (que confió al francés Tortei) hasta la Administración Naval (15 de junio de 1818), la Infantería de Marina (16 de junio) y la Academia de Guardiamarinas (4 de agosto de 1818). A manera de escuela práctica de tripulaciones fomentó la guerrilla de corso, cuyas correrías inició el ballenero escocés William Mac Kay con la captura de una fragata en Arica. En la historia han quedado grabadas sus palabras al quitarse la banda que, en signo de su investidura, le cruzaba el pecho: "Ahora soy un simple ciudadano. En el curso de mi gobierno, que he ejercido con una gran amplitud de autoridad, he podido cometer faltas, pero creedme que ellas habrán sido el resultado de las difíciles circunstancias en que me tocó gobernar y no del desalojo de las malas pasiones. Estoy dispuesto a contestar todas las acusaciones que se me hagan, y si esas faltas han causado desgracias que no pueden purgarse más que con mi sangre, tomad de mí la venganza que queráis. Aquí está mi pecho".

Si bien el general O'Higgins no fue un gran estadista, logró dar a Chile de sí más de lo humanamente posible y gastó su vida y vigor en aras de la libertad de América. Su gobierno fue, en general, respetuoso de las libertades cívicas, eficaz en la administración.

Su esfuerzo junto al de sus conciudadanos da a la balanza de la historia el triunfo de Chacabuco, la creación de una escuadra y la realización de la mitad de la jornada de liberación del Perú.

El juicio valorativo de su vida se inclina ante su rectitud, buena fe y permanente sacrificio, su valentía y, siempre, su patriotismo y su fe en los destinos de Chile.

Con el fin de no obstaculizar las labores de los nuevos gobernantes, tomó el camino del exilio en la goleta británica "Fly", para no volver a pisar el suelo de su patria. El Perú le obsequió la hacienda de Montalbán y Cuiba, a la cual, en pocos años, convirtió en una de las mejores del país. Por ley del 7 de octubre de 1842, el gobierno chileno hizo justicia restituyéndole su cargo de Capitán General. Pero no alcanzó a volver a su patria, ya que el 24 de octubre de 1842, a las doce de la noche, entregaba su alma al Creador, exhalando el último suspiro, ocasión en que sus palabras finales fueron: ' Magallanes... Magallanes.../', refiriéndose al Estrecho del cual Chile tomó posesión el 21 de septiembre de 1843.

Asimismo, justo es recordar algunos de los párrafos de la carta escrita' el 20 de agosto de 1831 por Bernardo O'Higgins a su amigo capitán Coghland de la Real Marina inglesa, en la cual expresaba los límites de Chile como sigue: "Chile Nuevo y Viejo se extiende en el Pacífico desde la Bahía de "Mejillones" hasta las islas Shetland del Sur en la Latitud 65° Sur y en el Atlántico desde la Península de San Jorge en Latitud 42 hasta las Shetland del Sur, o sea, 23° que añadidos a 42 en el Pacífico,

hacen 65 grados o 3.900 millas geográficas, con una superabundancia de excelentes puertos en ambos océanos y todos ellos salubres en todas las estaciones".

En otro párrafo de la misma carta decía: "Una simple mirada al mapa de Sudamérica basta para probar que Chile posee las llaves de los dos Océanos".

La historia ha hecho justicia a este Padre de la Patria, resaltando su coraje moral y su sobrehumano espíritu de trabajo. Las circunstancias probablemente desviaron el rumbo de sus aptitudes, pues siempre soñó con ser hacendado, y aceptó valientemente su destino, sin arredrarse ante los obstáculos, y algunos fueron enormes. En su tiempo su actuación hizo dar a Chile todo su contenido potencial y permitió desempeñar a nuestra nación un papel de verdadera importancia en la independencia de América. Fue probablemente el único de los próceres americanos que nunca sintió vacilar su fe en el porvenir de Hispanoamérica.

Fuentes de consulta:

1. —Archivo "Don Bernardo O'Higgins" (Archivo Nacional).
2. —Historia de Chile - Encina-Castedo.
3. —Crónicas del Pacífico - Enrique Bunter.

